

UN CEMENTERIO BAJO EL MAR

Un panteón en el océano sólo podía ser la obra trágica de un desastre natural. Pero en Miami, esa ciudad para comprar y calmar todos los caprichos, hay un cementerio acuático para los amantes del mar. ¿Importa tanto cumplir ese último deseo?

un texto de **david hidalgo vega**

El último grito de la moda funeraria podría causar un cambio en el lenguaje. Llegará el momento en que la gente ya no use la palabra *enterrar* para referirse al rito universal de despedir a los muertos. Se utilizará *sumergir*, *anclar*, quién sabe hasta *fondear*, si su actual connotación siniestra llegara a ser barnizada de nuevos sentidos. Semejante revolución léxica es un tema de fondo. De fondo marino. Esta nueva costumbre ha empezado en un antiguo banco de arena frente a las costas de Miami, convertido ahora en un camposanto al estilo *new age*: los creadores lo diseñaron con la idea de que tuviera cierto parecido a la Atlántida, la legendaria ciudad perdida en las aguas de la mitología occidental. Al final, se ha convertido en el único parque temático del mundo donde la membresía es póstuma. En él tus restos se convierten en parte de un decorado mortuorio a ciento cincuenta metros bajo la superficie del mar.

El Arrecife Conmemorativo Neptuno es quizá el producto más vanguardista de la industria funeraria. «Una maravilla del diseño y la ingeniería», según sus promotores. Está sumergido en el Atlántico, a unos cinco kilómetros al este de la exclusiva isla de Key Biscayne. Si uno bucea en la profundidad de esas aguas, se topará con una aparente ruina arqueológica. La escenografía empieza con dos puertas metálicas de más de tres metros de alto con la forma de gigantes alas de mariposa. Desde allí, puestos a cada lado de la entrada,

dos leones de piedra parecen olfatear el silencio de las corrientes marinas para prevenir intrusos. El interior es un complejo de columnas que simulan haber soportado antiguas bóvedas, a la manera de los palacios desmoronados de la Grecia clásica. Hay arcos completos, bancas, pasajes, glorietas y calles de concreto que provoca imaginar transitadas por peatones de hace siglos. Todo dispuesto como el gran anfiteatro de una ciudad de mentes lúcidas. Pero la verdad es que, desde que fue inaugurado en el 2007, en ese paraíso extraviado nunca hubo un alma viva.

Antes de Neptuno, el mayor homenaje que se podía hacer a quien en vida manifestó alguna clase de amor especial al mar era esparcir sus cenizas sobre las olas. Ahora es posible depositarlas en el arrecife artificial más grande del mundo: dos mil toneladas de estructuras de concreto en un área de casi sesenta y cinco mil metros cuadrados, según el proyecto original. Su existencia supone otro cambio: aquí el luto ya no está en los velos, sino en los obligados trajes de buzo y las romerías no se hacen en carroza, sino en botes con fondo de vidrio para mirar hacia la profundidad.

La idea de esta ciudad acuática para difuntos es fruto de una combinación de ingenios. Hacia julio del 2003, el empresario estadounidense Gary Levine se propuso construir un arrecife artificial en una zona de arenas estériles frente a Miami. A diferencia de otros proyectos parecidos, éste serviría a la vez como monumento para los muertos, parque temático para buzos, refugio ecológico para peces y corales y una obra maestra de arte en sí misma. El cerebro indicado para darle forma pertenecía a un amigo suyo de la infancia, el escultor Kim Brandell. Ambos eran hombres de mar: habían practicado el buceo durante tres décadas y conocían a la perfección las aguas cristalinas de ese sector del Atlántico. Tras una entusiasta reunión para intercambiar ideas, Brandell presentó una columna de dos metros y



fotografías: neptune memorial reef / www.mmreef.com



medio maquillada a la manera de un arrecife de coral y una carpeta de dibujo. Eran los diseños de una ciudadela acuática ventilada por corrientes de mar turquesa. El artista se había tomado el trabajo de crear un estilo que no era griego, romano ni de cultura conocida. Un híbrido que, visto con cuidado, hasta podía pasar por futurista. «Quería diseñarla como si alguna vez hubiera estado en tierra firme», ha dicho el artista sobre la escenografía de rasgos míticos que trazó. Era perfecta. Ambos se embarcaron en esa nueva aventura submarina. La llamaron Proyecto Arrecife Atlantis.

El entusiasmo tuvo que superar las barreras burocráticas de unas doce agencias estadounidenses que tienen alguna jurisdicción sobre temas marítimos. Hubo inspecciones, periodos de evaluación

En la primera semana que fue abierta al público, la ciudadela tuvo dos mujeres como primeras inquilinas; una fue depositada al interior de una columna y la otra bajo una concha marina de concreto. En enero del 2008, el arrecife recibió a uno de sus residentes más ilustres: Bert Kilbride, un veterano buscador de tesoros más conocido entre los amantes del buceo de Florida como *El último pirata del Caribe*. En el 2004 Kilbride, de noventa años, fue reconocido por los editores del LIBRO GUINNESS DE LOS RÉCORDS como el buzo más anciano del mundo. Su destino póstumo, siempre bajo las aguas, ha sido la cresta de una de las columnas de la gran puerta principal. Pero la ciudadela está diseñada para albergar los restos de unas ochocientas personas más. Al menos en la etapa inicial. Cuando el proyecto esté completo, a fines de la década siguiente, habrá capacidad para ciento veinte mil almas, y entonces sí parecerá una verdadera ciudad para difuntos. El espacio podría quedar corto si la idea cala entre los partidarios del *entierro verde*, ese movimiento que propone regresar los restos a la tierra de la forma más natural posible: usar piedras en vez de



ANTES EL MAYOR HOMENAJE QUE SE PODÍA HACER A QUIEN TENÍA UN AMOR ESPECIAL AL MAR ERA ESPARCIR SUS CENIZAS SOBRE LAS OLAS. AHORA ES POSIBLE DEPOSITARLAS EN EL ARRECIFE ARTIFICIAL MÁS GRANDE DEL MUNDO: DOS MIL TONELADAS DE ESTRUCTURAS DE CONCRETO BAJO EL AGUA. EL LUTO YA NO ESTÁ EN LOS VELOS SINO EN LOS OBLIGADOS TRAJES DE BUZO, Y LAS ROMERÍAS NO SE HACEN EN CARROZA, SINO EN BOTES CON FONDO DE VIDRIO PARA MIRAR HACIA LA PROFUNDIDAD

que tomaron más de tres años. Brandell sometió sus técnicas y materiales a toda clase de pruebas porque la zona escogida es un sector bajo protección ambiental. La construcción sólo pudo comenzar en enero del 2007. Las enormes piezas modeladas en concreto fueron trasladadas en barco, bajo la estricta dirección del artista. «Yo no quería que pareciera un parque de diversiones debajo del agua», ha dicho el creador. «Por eso, aunque algunas estructuras tienen que ver con el mar, la mayoría son propias de una ciudad en un terreno sólido». Fue en ese trance que el proyecto recibió el impulso mayor: el interés de la Sociedad Neptuno, la compañía de servicios de cremación funeraria más grande de Estados Unidos. El dinero impuso su peso incluso bajo el agua: cuando la ciudadela fue inaugurada, en noviembre del año pasado, el proyecto había pasado a llamarse Arrecife Conmemorativo Neptuno. Es decir, un cementerio.

lápidas y bosques en lugar de mausoleos. El ecologismo como ideología póstuma.

«Señor, concede a cada cual su propia muerte», dice una frase atribuida al poeta alemán Rainer Maria Rilke. El escultor Brandell tiene su propia versión: «La idea es que una vez que mueras te conviertas en un arrecife». Los residentes de este santuario no sólo están depositados al interior de sus estructuras. Ellos son las estructuras. El cementerio Neptuno ofrece a los deudos la posibilidad de mezclar las cenizas de sus difuntos con los materiales que se usa para levantar el atolón. Resulta curioso ver los videos de familiares mientras hacen la mezcla de las cenizas con el concreto que servirá para moldear algunas piezas. Algunos lo hacen para asegurarse de que no los engañen y terminen tirando esos polvos familiares por cualquier lado. Otros porque sienten que ése habría sido el mayor deseo del muerto: formar parte de un recinto de vida natural como un arrecife. Semejante variante de la reencarnación puede costar entre mil quinientos y seis mil dólares, lo cual ya es bastante decir, porque un funeral en tierra firme puede costar diez veces más. Pero el precio es lo último que cuenta. Un difunto merece siempre el mayor de los respetos, porque *en el fondo* todos somos buenos.★